

LOS SIETE GUERREROS
Y OTROS RELATOS



ZITKALA - ŠA



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

ZITKALA-ŠA

LOS SIETE GUERERROS
Y OTROS RELATOS



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Zitkala-Ša

Zitkala-Ša, también conocida como Gertrude Bonnin, nació el 22 de febrero de 1876 en la Reserva de Indios Yankton de Dakota del Sur, Estados Unidos. Fue escritora, editora, violinista y activista sioux.

Escribió una gran cantidad de textos y artículos para revistas y periódicos, donde mostraba su apoyo a las tribus indígenas estadounidenses. Ella fue un fiel reflejo, a veces lleno de contradicciones como toda vida humana, de las múltiples influencias culturales de su época: su crianza sioux, su educación en un internado católico, las oportunidades que como «nueva mujer» empezaba a tener en una época de emancipación feminista y su activismo nativo americano, que le llevó a cofundar y presidir en 1926 el Consejo Nacional de Indios Americanos (NCAI).

Falleció el 26 de enero de 1938 en Washington, EE. UU.

Los siete guerros y otros relatos
Zitkala-Ša

Christopher Zeceovich Arriaga
Gerente de Educación y Deportes

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Asesor de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Gestora de proyectos educativos

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Andrea Veruska Ayanz Cuéllar
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

*LOS SIETE GUERERROS
Y OTROS RELATOS*

LOS SIETE GUERREROS

Siete personas se marcharon a hacer la guerra: las Cenizas, el Fuego, el Escarabajo, el Saltamontes, la Libélula, el Pez y la Tortuga. Estaban charlando animadamente y moviendo sus puños con violentos gestos cuando sopló un viento que se llevó a las Cenizas por delante.

—¡*Ho!* —exclamaron los otros—. ¡Este era incapaz de luchar!

Los seis siguieron corriendo para poder hacer la guerra cuanto antes. Descendieron por un valle muy profundo. El Fuego iba delante hasta que llegaron a un río. El Fuego dijo:

—¡*Hsss-tchu!* —y se extinguió.

—¡*Ho!* —exclamaron los otros—. ¡Este era incapaz de luchar!

Así, los cinco corrieron aún más rápido para poder hacer la guerra. Se adentraron en un frondoso bosque. Mientras lo estaban atravesando, escucharon al Escarabajo burlarse diciendo:

—¡Hē! Deberían poder elevarse, hermanos.

Con estas palabras voló por encima de los árboles hasta que se pinchó con un estramonio. Se cayó por las ramas y desapareció.

—¿Ven esto? —dijeron los cuatro—. ¡Este era incapaz de luchar!

Los cuatro guerreros se negaban a darse la vuelta. Continuaron con valentía en pos de la guerra. El Saltamontes con su prima, la Libélula, iban por delante. Llegaron a un terreno pantanoso con una ciénaga muy profunda. Cuando se abrían camino por el barro, las patas del Saltamontes se quedaron atascadas y se las tuvo que arrancar. Reptó hasta un tronco y se puso a sollozar.

—Ya me ven, hermanos. ¡No puedo continuar!

La Libélula continuó su camino llorando por su primo. No encontraba consuelo, pues le quería mucho. Tan grande era su llanto, tan alto, que su cuerpo se agitó con violencia desmedida. Se sonó su roja nariz con un ruido tan fuerte que su cabeza se desprendió de su esbelto cuello y cayó sobre la hierba.

—Ya ves cómo está la cosa —dijo el Pez, agitando la cola con impaciencia—, ¡esta gente no era guerrera! ¡Venga! Vayamos a hacer la guerra.

Así, el Pez y la Tortuga llegaron a un gran campamento.

—¡*Ho!* —exclamaron los habitantes de este poblado circular de tipis—. ¿Quiénes son estos pequeños? ¿Qué es lo que buscan?

Ninguno de los dos guerreros portaba armas, y su diminuta estatura confundía a esta gente curiosa.

El Pez era el portavoz. Omitiendo sílabas de forma peculiar, dijo:

—*Shu... jhi pi!*

—¡*Wän!* ¿Cómo? ¿Cómo? —clamaron las impacientes voces de los hombres y las mujeres.

De nuevo, el Pez dijo:

—*Shu... jhi pi!*

Por todas partes había gente joven y anciana poniendo las palmas de sus manos en sus orejas. Aun así, no lograban comprender lo que había balbuceado el Pez.

Iktomi surgió entre la gente desconcertada.

—¡*Hē*, escuchen! —gritó, frotándose sus malévolas manos, pues siempre que había algún problema él estaba metido en el ajo—. Este pequeño y extraño hombre dice: «¡*Zuya unhipi!* ¡Venimos a hacer la guerra!».

—¡*Üun!* —exclamó la gente ofendida, poniéndose seria—. ¡Matemos a este par de tontos! ¡No pueden hacer nada! No saben el significado de esa frase. ¡Hagamos un fuego y asémoslos!

—Si nos asan —dijo el Pez—, tendrán problemas.

—¡*Ho ho!* —se rieron las gentes del poblado—. Ya veremos.

Así que hicieron un fuego.

—¡Nunca me había sentido tan enfadado! —dijo el Pez.

La Tortuga le respondió con un susurro:

—¡Vamos a morir!

Cuando un par de fuertes brazos alzaron al pez por encima del agua, este puso los labios hacia abajo.

—¡*Whssh!* —dijo. Escupió agua por encima de las personas. Muchas se quemaron y no podían ver. Gritando de dolor, huyeron a toda velocidad.

—¡Oh! ¿Qué vamos a hacer con estas criaturas tan terribles? —se preguntaban.

Otras exclamaban:

—¡Llevémoslos al lago de agua pantanosa y ahoguémoslos!

Corrieron con ellos en las manos. Lanzaron al Pez y a la Tortuga al lago. La Tortuga se puso a bucear en el centro del extenso lago. Asomándose por el agua, saludó a la gente con una mano y dijo con voz cantarina:

—¡Yo vivo aquí!

—¿Qué hemos hecho? —dijeron las personas, muy asustadas—, esto va a ser nuestro final.

Entonces un jefe sabio dijo:

—Iya, el Devorador, vendrá y se tragará el lago.

Uno de ellos se marchó corriendo. Volvió con Iya, el Devorador. Iya pasó todo el día bebiendo en el lago hasta que su barriga era tan grande como el mundo. El Pez y la Tortuga se arrastraban por el barro. Iya anunció:

—No están dentro de mí.

Al oír esto, las gentes se pusieron a gritar.

Iktomi, que había estado nadando en el lago, había sido engullido como un jején. En el interior del gran Iya, observaba el cielo. El agua del estómago del Devorador era tan profunda que la superficie del lago que se había tragado casi tocaba el cielo.

—Iré por ahí —dijo Iktomi, acercándose al límite que tenía más cerca.

Clavó su cuchillo en el estómago del Devorador y el agua que brotó ahogó a las gentes del poblado.

Cuando la enorme masa de agua regresó a su lugar, el Pez y la Tortuga salieron a la orilla. Regresaron a casa pintados como vencedores y cantando a viva voz.

EL JUICIO

Era una noche de otoño en la pradera. Las solapas para el humo del tipi cónico aleteaban suavemente con la brisa. Desde el cielo bajo de la noche, con sus innumerables puntitos de fuego, una gran estrella luminosa se asomaba por el agujero del *wigwam* en cuyo interior dos dakotas charlaban en la oscuridad. Una joven de veinte veranos que estaba sobre un lecho de hierba dulce bebía del dulce arroyo que se vertía de la estrella que tenía encima. Al otro lado del tipi y de la hoguera central, una abuela extendió su esterilla. Se tumbó en ella, pero al ponerse a contar una historia se animó y se incorporó.

Sus ojos están cerrados. Con la fina palma de su mano acaricia sus cabellos peinados al antojo del viento.

—Pues sí, nieta mía, la leyenda dice que las estrellas grandes y luminosas son viejos guerreros y que las más pequeñas y tenues son guapos y jóvenes guerreros —repite con su voz fuerte y al mismo tiempo temblorosa.

—Entonces esta que se asoma por el agujero para el humo es mi querido y anciano abuelo —cavila la joven, estirando las palabras.

Su suave y exquisita voz flota en la oscuridad del interior del tipi, sobre las cenizas apagadas que se amontonan sobre la hoguera central, hasta llegar a los oídos de la anciana desdentada, que permanece sentada en un silencio ensimismado. Su mente vuela rápido, atravesando muchas nieves invernales, hasta que por fin se asienta en la atmósfera luminosa y cálida de la juventud de su abuelo. Es desde allí que responde su abuela:

—¡Escucha! Vuelvo a ser joven. Es el día de la muerte de tu abuelo. El mayor, quiero decir, pues había dos. Eran como gemelos, a pesar de no ser hermanos. ¡Eran amigos inseparables! Compartían todo lo bueno y todo lo malo, excepto una cosa que les volvió locos. En ese acalorado frenesí, el hombre más joven asesinó a su amigo más íntimo. Mató a su hermano mayor, pues el afecto que se tenían les había convertido en familia.

La voz de la anciana se quebró. Sentada sobre sus pies, balanceaba sus hombros encorvados hacia delante y hacia atrás, murmurando vanas exclamaciones. Sus ojos apretados estaban viendo la luz de los días pasados. Vio de nuevo una nube negra que se extendía sobre la tierra. Su oído escuchó el profundo sonido de una tormenta que venía del oeste. Se agachó asustada cuando oyó a

los furiosos pájaros del trueno¹ chillando en la noche. «¡Heyä, heyä!» (¡no, no!), gemía la abuela desdentada ante la furia que había despertado. Pero la gloriosa paz que hubo después, cuando la luz del sol llenó a la gente de alegría, alejó sus recuerdos de la tormenta.

—¡Qué alto, qué rápido late mi corazón cuando escucho el terrible relato del mensajero! —exclama—. Desde la tumba recién cavada del hombre asesinado vino con rapidez a nuestro *wigwam*.

Cruzando deliberadamente sus piernas desnudas, se sentó sin invitación junto a mi padre y se puso a fumar de una pipa larga. Apenas había recobrado el aliento cuando empezó a hablar:

—Era hijo único y un hermano amado.

Me miró con sospecha, como si yo estuviera confabulada con el asesino, mi amante. Mi padre, exhalando el humo de dulce aroma, asintió:

—Amigo, ¿quieres fumar?

¹ El pájaro del trueno es una criatura legendaria de algunos pueblos nativoamericanos. Sobrenatural y poderoso, lanza rayos a las criaturas submarinas y crea truenos agitando sus alas.

Tomó la pipa por su cazoleta roja y apuntó al hombre con su larga boquilla.

—Sí, sí, amigo —contestó él, alargando su largo brazo moreno.

Estuvo largo rato fumando. El humo azul flotaba sobre nosotros como si de una nube se tratase. Pero incluso entre la niebla pude ver el brillo de sus ojos al mirarme. Deseaba preguntarle qué destino aguardaba al joven asesino, pero no me atrevía a despegar los labios por si en lugar de hablar me ponía a gritar. Mi padre lo hizo por mí. Devolviendo la pipa, el hombre respondió:

—Pues el jefe de la tribu y sus hombres han celebrado un consejo. Han estado de acuerdo en que no es seguro permitir que un asesino de hombres esté libre entre nosotros. Quien mata a alguien de nuestra tribu es un enemigo y debe sufrir la suerte de los enemigos.

¡Mis sienes temblaron como si fueran dos corazones!

Mientras escuchaba, un pregonero pasó por delante del tipi de mi padre. Montado en su poni, proclamó este mensaje (¡aún puedo oírlo!):

—¡*Ho-po!*² Escuchen, buena gente. Se ha cometido un terrible acto. Dos amigos, ay, dos hermanos del corazón se han peleado. Ahora uno yace enterrado en la colina mientras que el otro, un indeseable asesino de hombres, está sentado tranquilamente en su casa. Nuestro gran jefe dice: «El que mata a uno de nuestra tribu comete la ofensa de un enemigo. Como tal debe ser juzgado. Que el padre del hombre muerto escoja el modo de tortura o de quitarle la vida. Ha sufrido un dolor indecible, por lo que él solo puede decidir la magnitud del castigo que vengará este suplicio». Así se hará. Vengan todos a ser testigos del juicio de un padre para con quien fue una vez el mejor amigo de su hijo. Hemos echado el lazo a un poni salvaje. El asesino de hombres debe montar y cabalgar a esta bestia enfurecida. Colóquense en dos filas paralelas desde el tipi central de la familia de luto hasta el *wigwam* que está en los límites del poblado. Entre ustedes tendrá lugar este juicio. El jinete deberá cabalgar y guiar su poni desde los límites hasta el tipi central. Si logra recorrer todo el camino sin caerse del lomo del poni, salvará su vida y conseguirá el perdón. Si cayera, él mismo se aseguraría su muerte.

² Traducido como «muy bien» de la lengua lakota.

Las palabras del pregonero han llegado a su fin. El silencio tiene al poblado sin aliento. *Swish, swish*, suenan los pasos apresurados de la gente que cruza la hierba alta. Mujeres que están llorando se dirigen a toda velocidad al lugar del juicio. Los gemidos amortiguados del campamento circular resultan insoportables. Con la cara oculta en los pliegues de la manta, corro con la multitud hacia el lugar abierto del círculo de nuestro poblado. En un momento se forman dos largas filas de personas que con solemnidad marcan el camino donde tendrá lugar el juicio público. Puedo ver a varios hombres fuertes intentando guiar al poni atrapado, que cabecea y cocea mientras suelta espuma blanca por la boca. Me atraganto de dolor al reconocer a mi apuesto amante con aspecto desolado, dirigiéndose abatido hacia el poni capturado.

«¡No te caigas! ¡Elige la vida y elígeme a mí!», grito para mis adentros, pues por fuera la manta cubre mis labios.

En un instante ha saltado sobre la bestia asustada y los hombres han dejado de sujetarla. Como una flecha disparada de un poderoso arco, el poni, hinchando el hocico, sale disparado hacia el tipi central. El jinete se

aferra a las riendas con todas sus fuerzas. El poni se detiene con brusquedad. El jinete sale disparado hacia delante, pero consigue no caerse. La criatura enloquecida cabecea y cocea casi como si estuviera volando. La fila de hombres y mujeres se echa hacia atrás. Cuando están a salvo de ese ser que resopla y cocea, vuelven a colocarse en su sitio.

El poni es fiero, sus ojos negros parece que van a salirse de sus órbitas. Se agacha, pega el hocico a la tierra y da un salto. Cierro los ojos. No puedo verle caer.

Las afónicas gargantas de los hombres y mujeres no pueden evitar dar un grito. Miro. El caballo salvaje ha sido conquistado. Mi amante desmonta en la puerta del *wigwam* central. El poni, empapado de sudor y temblando de agotamiento, está junto a su amo con aires de perro culpable. A la entrada del tipi se sientan los desconsolados padre, madre y hermana. El viejo padre guerrero se pone en pie. Acercándose a grandes pasos al asesino de su hijo, le tiende la mano. Agarrándola de modo que la gente pueda verla, exclama en tono misericordioso:

—¡Mi hijo!

Un murmullo de sorpresa lo barre todo como si se tratase de un viento repentino.

La madre, con los ojos hinchados y el pelo cayéndole por los hombros, también se levanta. Se acerca con premura al lado del joven y toma su mano derecha.

—¡Hijo mío! —le saluda. Pero en la segunda palabra su voz tembló y se dio la vuelta entre sollozos.

Los jóvenes dirigen su atención a la muchacha. Ella no se mueve. Con la cabeza gacha, se sienta impertérrita. El viejo guerrero se dirige a ella.

—Dale la mano al joven guerrero, hijita. Durante muchos años fue el amigo de tu hermano. Ahora debe ser también tu amigo y tu hermano.

De este modo, la chica se levanta. Tendiendo su esbelta mano, exclama con los labios crispados:

—¡Mi hermano! El juicio ha terminado.

—¡Abuela! —explota la muchacha que está sobre una cama de hierba dulce—. ¿Esto es verdad?

—*¡Tosh!* —responde la abuela cariñosamente—. Todo es cierto. Durante los quince inviernos de nuestra vida matrimonial muchos ponis pasaron por nuestras manos, pero este pequeño ganador, Ohiyesa, fue un miembro más de la familia. El triste día en que murió tu abuelo matamos a Ohiyesa sobre su tumba.

A pesar de que varios grupos de estrellas se movieron por los cielos señalando el paso del tiempo e indicando que la noche estaba en su cénit, la anciana mujer dakota se aventuró a explicar cómo fue la ceremonia de enterramiento.

—Nieta mía, en mi vida apenas he puesto en palabras la sabiduría sagrada de mi corazón. Esta noche te contaré algo de esto. Ya eres lo suficientemente mayor para comprenderlo. Nuestro sabio curandero dijo que teníamos que llevar a Ohiyesa con su amo, no fuera a ser que en el camino al mundo sobrenatural tu abuelo se cansase y deseara montar su poni. Si la criatura ya se encontraba en el camino espiritual, ese deseo sutil la empujaría a buscarle. Así, juntos el amo y su bestia entrarían en el siguiente campamento.

La mujer dejó de hablar. Tan solo la respiración profunda de la muchachita rompía el silencio, pues el viento nocturno también se había ido a dormir.

—*¡Hinnu, hinnu!* ¡Está dormida! He estado hablando en la oscuridad sin que nadie me escuchara. Me hubiera gustado que la niña llevase en su corazón este relato sagrado —murmuró quejumbrosa.

Acurrucada en su cama de hierba dulce, se entregó a otro sueño. La estrella guardiana del cielo nocturno alumbraba compasivamente el tipi de la llanura.

LA HIJA DEL GUERRERO

Bajo la sombra vespertina de un majestuoso tipi, cuya cubierta estaba pintada de rojo, se sentaba con las piernas cruzadas un padre guerrero. Su cabeza se erguía de tal manera que sus ojos eran capaces de abarcar por completo el vasto terreno hasta que este se perdía en el horizonte oriental.

Se trataba del más bravo guerrero del jefe de la tribu. Su heroicidad le había hecho ganar el privilegio de poner su tienda dentro del gran círculo de tipis.

Asimismo, era uno de los más generosos con los desdentados ancianos. Por ello se le permitía la pintura roja en su vivienda cónica. Estos honores le henchían de orgullo. Jamás se cansaba de narrar sus actos heroicos en los encuentros nocturnos. Aunque junto al fuego de su tienda hablaba incesantemente de su elevado rango y de su extendida fama, su mayor regocijo provenía de su hijita de ojos negros y ocho robustos inviernos. Así, mientras se sentaba sobre la suave hierba, con su mujer a su vera, concentrada en su trabajo con los abalorios, él cantaba una canción de danza, marcando ligeramente el ritmo con sus esbeltas manos.

Sus astutos ojos se suavizaron con deleite al observar los gráciles movimientos del pequeño cuerpo que bailaba ante él, sobre el terreno verde.

Tusee está recibiendo su primera lección de danza. Sus apretadas trenzas se enroscan sobre sus pardas orejas como un par de cuernos retorcidos que relucen bajo el sol del verano.

Con sus pies juntos enfundados en cómodos mocasines y una manita en su cinturón para sujetar la larga ristra de cuentas que cuelga de su cuello desnudo, dobla las rodillas con suavidad al ritmo de la voz de su padre.

Ahora se atreve con el movimiento más difícil, ligeramente hacia arriba y para un lado, en círculo. Al tiempo la canción decae en una cadencia final, y la mujercita, ataviada con una piel de ciervo decorada, se sienta junto a su madre. Como ella, lo hace sobre sus pies. Al poco rato, el guerrero repite el último estribillo. De nuevo, Tusee se levanta de un salto y danza al ritmo del final de la canción.

Justo cuando había terminado la danza, un anciano de cortos y gruesos cabellos que terminaban en sus hombros cuadrados apareció cabalgando por detrás y se apeó con soltura de su poni. Depositó las riendas de cuero sin curtir en el suelo y se dejó caer perezosamente sobre la hierba.

—Hunhe, has vuelto pronto —dijo el guerrero al tiempo que tendía una mano a su pequeña hija.

La niña corrió al lado de su padre y se acurrucó junto a él, que la rodeó tiernamente con su fuerte brazo. Tanto el padre como la hija, observando a la figura sobre la hierba, aguardaban a escuchar sus noticias.

—Cierto —comenzó el hombre, que tenía acento extranjero—. Esta es la noche de la danza.

—*¡Hunhe!* —masculló el guerrero, sorprendido.

Impulsándose con los codos, el hombre alzó la cabeza. Sus rasgos eran del sur. El padre de Tusee le había capturado en un campamento enemigo hacía muchos años, pero las singulares cualidades del esclavo ganaron el corazón del guerrero sioux, por lo que le concedió

su libertad hacía ya tres inviernos. Había vuelto a ser un hombre de verdad. Podía dejar crecer sus cabellos. No obstante, él mismo había escogido quedarse con la familia del guerrero.

—*¡Hunhe!* —llamó de nuevo el padre guerrero. Después, volviéndose a su hija, preguntó—: Tusee, ¿has oído?

—Sí, padre. ¡Esta noche voy a bailar!

Con estas palabras se desembarazó de su brazo y brincó llena de regocijo. En ese momento, la voz orgullosa de su madre dijo entre risas:

—Hija mía, en honor a tu primera danza, tu padre debe entregar una ofrenda generosa. Sus ponis son salvajes y deambulan más allá de la gran colina. Dime, ¿qué puede ofrecer que sea adecuado? —preguntó, mientras los desconcertados ojos de su hija estaban posados en ella.

—¡Un poni de la manada, madre! ¡Uno de los veloces ponis de la manada! —sugirió alegremente Tusee, inspirada de pronto. Señalando con su pequeño dedo índice al hombre tumbado en la hierba, pidió—:

tío, ¿puedes ir mañana a por el poni? —Y satisfecha con su solución al problema, se puso a dar saltos. Su infantil fe en los adultos no estaba condicionada por el conocimiento de los límites humanos, sino que pensaba que las personas mayores podían conseguirlo todo.

—*¡Häbob!*—exclamó la madre elevando el tono, dando a entender con su impropio que el espíritu optimista de su hija no podía ser derrotado con una negativa.

Entendiendo con rapidez a la mujer, el hombre respondió:

—¡Por supuesto! Iré si Tusee me lo pide.

Esto satisfizo a la pequeña, cuyos ojos negros se inundaron de luz. De pie delante del fuerte hombre, aplaudió con sus pequeñas manos morenas, llena de dicha.

—¡Eso me hace feliz! ¡Mi corazón está contento! Ve, tío, y tráeme un bonito poni —rogó. En ese instante se hubiera marchado sin más, pero un impulso hizo que se reclinara. En la propia lengua del hombre, pues le

había enseñado muchas palabras y frases, se despidió—: ¡gracias, buen tío, gracias!

—Y se fue dando brincos de pura felicidad.

El orgulloso padre guerrero entrecerró los ojos con una sonrisa y murmuró su aprobación:

—*¡Howo! ¡Hechetu!*

Al igual que su madre, por fin Tusee ha puesto maquillaje en sus cejas y alrededor de los agujeros de la nariz, pero en su robustez se parece a su padre.

Hija fiel, se sienta en el interior de su tipi decorando para su padre pieles de ciervo con abalorios, mientras que él anhela mantener a raya a cualquier pretendiente, pues ante su viejo corazón orgulloso ninguno resulta merecedor de su hija. Pero Tusee no está sola en su vivienda. Junto a la entrada, un joven guerrero se reclina a medias sobre una esterilla. En silencio, observa cómo aparecen sobre el suave cuero los pétalos de una rosa salvaje. La joven enhebra las cuentas con rapidez en el hilo plateado y las transforma en un bello diseño floral.

El muchacho comienza a hablar por fin, con voz grave y susurrante:

—El sol está en su cénit. Ahora se encuentra al oeste de la tierra, a la altura de un hombre tan solo. He venido corriendo para contarte que mañana me uno al destacamento de guerra —se calla para que ella responda, pero la cabeza de la chica se agacha aún más sobre su piel de ciervo y sus labios están más apretados si cabe. Él prosigue—: anoche, bajo la luz de la luna, conocí a tu padre guerrero. Parecía haberse dado cuenta de que yo acababa de salir de tu tipi. Me temo que no le agradó la idea, pues, aunque le saludé, se mantuvo en silencio. Me interpose en su camino. Con toda la valentía de la que fui capaz, mientras los latidos de mi corazón, cada vez más fuertes, se aceleraban, le pedí la mano de su única hija. Irguiéndose hasta alcanzar su máxima altura y envolviendo su orgullosa silueta con su chaqueta, me dirigió una mirada penetrante. «Joven», me dijo con una voz fría y lenta que me congeló hasta el tuétano, «escúchame. Lo único que puede comprar la mano de Tusee es un mechón de la cabellera de un enemigo, recién arrancada con tus propias manos». Dicho esto, se dio la vuelta y se marchó.

Tusee aparta su labor. Mira la cara de su amor con sus ojos profundos.

—El corazón de mi padre es muy bondadoso. Sabrá si eres valiente y sincero —murmura la hija, que no desea que haya animadversión entre sus dos seres queridos.

El joven se levanta para marcharse y le tiende su mano derecha.

—Cógete fuerte de mi mano antes de que me marche, Hoye. Por favor, dime, ¿me esperarás y anhelarás mi retorno?

Tusee tan solo asiente, pues las palabras en este caso no sirven de nada.

Al amanecer, el campamento se despierta con una canción. Los hombres y las mujeres cantan sobre el valor y el triunfo. Inspiran los pechos henchidos de los guerreros maquillados que montan sus ponis, los cuales trotan engalanados con las verdes ramas de los árboles.

Cabalgando lentamente alrededor del gran anillo de tipis cónicos, aquí y allá, algún guerrero de voz fuerte

jura vengar una ofensa pasada y dirige su oscuro brazo desnudo hacia el horizonte púrpura del este, invocando al Gran Espíritu para que escuche su juramento. Una vez todos han concluido el circuito, el destacamento de guerra, al galope, se aleja cantando hacia las tierras del sur.

A horcadas sobre sus ponis cargados de comida y pieles de ciervo, las valerosas mujeres ancianas siguen a los guerreros. Entre las que lideran el grupo se encuentra una joven mujer ataviada con un vestido de piel de ciervo profusamente decorado. Cabalgando orgullosa, dirige con una sola rienda de cuero a un poni de ojos salvajes.

Se trata de Tusee sobre el caballo de guerra de su padre. De esta forma, el destacamento de guerra de hombres indios y sus fieles mujeres se desvanece más allá del horizonte, hacia el sur.

Tras un viaje que dura una jornada, se encuentran muy cerca de la frontera enemiga. Cuando cae la noche ya han montado dos tipis idénticos ocultos en un barranco profundo. En una de las estancias, los guerreros maquillados, fumando sus pipas, cuentan historias

alrededor del fuego, mientras que, en la otra, las mujeres vigilantes se acurrucan nerviosas junto al fuego central.

Con la primera luz gris que llega del este, los tipis se desvanecen. Han desaparecido. Los guerreros están en el campamento enemigo, destruyendo sueños con sus hachas de guerra. Las mujeres se hallan escondidas en lugares secretos del gran barranco.

Así transcurre el día, el sol ya descende por el oeste.

Por fin llegan los guerreros extraviados, uno por uno, al profundo desfiladero. Con el crepúsculo, cuentan a sus hombres. Tres han desaparecido. De esos ausentes, dos han muerto, pero el tercero, un hombre joven, ha sido capturado por el enemigo.

—¡He-he! —se lamentan los guerreros, cenando con premura.

En silencio, las mujeres caminan apresuradas de un lado a otro a grandes zancadas, atando enormes fardos en los lomos de los ponis. Oculto en la noche, el destacamento de guerra debe volver a casa rápidamente.

Inmóvil, con la cabeza gacha, se sienta una mujer en su escondite. Llora por su amor.

Escucha con amargura los murmullos de los guerreros. Furiosa, planea engañar al odiado enemigo que ha capturado al muchacho. Pero no revela sus intenciones y el destacamento, sin percatarse de la ausencia de Tusee, se marcha sigilosamente. Los suaves golpes de los cascos de los ponis suenan cada vez más lejanos. El silencio gradual en el barranco vacío resuena en los oídos de la joven mujer. Vigilante por si oye pisadas cercanas, contiene el aliento para escuchar. Su mano derecha reposa sobre el largo cuchillo en su cinturón. Oh, sí, sabe dónde está escondido su poni, pero aún no lo necesita. Satisfecha porque no parece haber ningún peligro, abandona su escondite. Con los movimientos y el ritmo de una pantera, escala la elevada cresta que hay más allá del profundo barranco. Desde allí puede espiar los fuegos del campamento enemigo.

Aferrada al risco desnudo, la esbelta figura de la mujer destaca en mitad de la noche, dejando ver su contorno contra el cielo estrellado. La fría brisa nocturna lleva a sus oídos ardientes retazos de canciones y tambores. Con un odio desesperado, aprieta los dientes.

Con las estrellas como testigos, Tusee alza el rostro y ruega apasionadamente:

—Gran Espíritu, ¡condúceme al rescate de mi amor! Otórgame una inteligencia veloz como arma esta noche. Espíritu todopoderoso, concédeme el corazón de mi padre guerrero, fuerte como para matar a un enemigo y poderoso como para salvar a un amigo.

En mitad del campamento enemigo, bajo una casa de baile temporal, hay hombres y mujeres vestidos de gala. La noche está avanzada, pero los felices guerreros inclinan y arquean sus cuerpos desnudos y pintados ante el fuego luminoso. Saltan y rebotan agitando sus tocados de plumas al ritmo de las bellas voces masculinas y del sonido del tambor.

Las mujeres, con las mejillas maquilladas de rojo y sus largos cabellos trenzados, se sientan en un gran semicírculo, apoyadas en la barandilla de madera de sauce. También ellas se unen a los cánticos y se levantan para danzar con sus guerreros victoriosos.

En medio de este campo de baile circular se encuentra un enemigo atado a un poste, con expresión demacrada

por la vergüenza y la tristeza. Deja caer su cabeza despeinada.

Mira sin ver la tierra desnuda a sus pies. Los guerreros se mofan del prisionero dakota con abucheos y sonrisas burlonas. Los guerreros más pendencieros y los niños ululan y gritan con escarnio.

En silencio entre esta multitud ruidosa, una mujer alta reposa sus codos en la barandilla redonda de madera de sauce y mira hacia el campo iluminado. El fuego central alrededor del cual baila la gente se refleja brillante en su bello rostro, intensificando la noche en sus ojos oscuros, y estalla en una miríada de puntos contra su adornado vestido. Ignorando al exacerbado grupo que le da empujones en ambos costados, lanza una mirada fulminante a los odiosos hombres burlones. De repente, vuelve la cabeza. Jovencitas que se ríen nerviosamente susurran cerca de ella:

—¡Allí, allí! Mírenle ahora, haciendo muecas al prisionero. Fue él quien se abalanzó sobre el muchacho y le arrastró por su larga cabellera hasta ese poste de ahí. ¡Miren qué guapo es! ¡Qué bien baila!

La joven silenciosa mira hacia el prisionero atado. Ve a un guerrero, prácticamente de la misma edad que el prisionero, blandiendo un hacha de guerra en la cara del indio dakota. Una ira abrasadora sale despedida de sus ojos y lo marca como víctima de su venganza. Su corazón susurra en su pecho:

—Ven, deseo conocerte, vil enemigo, que has capturado a mi amor y le torturas ahora con una muerte en vida.

En ese momento los cánticos cesan y los bailarines se dispersan para dirigirse a descansar a sus tiendas, situadas a lo largo del anillo de madera de sauce. El vencedor hace girar por última vez su hacha de guerra y abandona el campo como han hecho los otros. Balanceando su cabeza y sus hombros de un lado a otro, camina hacia la barandilla de madera de sauce con la barbilla erguida. Se sienta en el suelo con las piernas cruzadas y se da aire con un abanico hecho de plumas de pavo.

De vez en cuando abandona su expresión arrogante para mirar por el rabillo del ojo. Escucha cómo alguien se aclara la garganta con suavidad. Está claro que desean hablar con él. Continúa abanicándose. Por fin, vuelve

su rostro orgulloso sobre el hombro desnudo para encontrarse con una preciosa mujer que le está sonriendo.

—¡Ah, viene a conversar con el héroe! —se dice, su corazón latiendo desbocado.

Los cantantes alzan la voz al unísono. Su música es irresistible. De nuevo atrae al vencedor al campo abierto. De nuevo lanza una mirada maliciosa al prisionero. En cada intervalo entre canciones regresa a su lugar de descanso. Allí le aguarda la joven. Cuando él se acerca, ella sonríe mientras le mira con audacia. A él le agradan su rostro y su sonrisa.

Abanicándose el rostro de forma espasmódica, se sienta agudizando el oído. Escucha un susurro. Una mano le da un golpecito en el hombro. La hermosa mujer le habla en su propia lengua.

—Ven conmigo. Quiero decirte quién soy.

Deseando escuchar las dulces palabras de halago que la hermosa mujer tiene reservadas para él, extiende con ambas manos las hojas de sauce y repta hacia la noche sin que nadie se dé cuenta.

La joven está de pie delante de él. Le hace señas para que se acerque con su esbelta mano, retrocede para apartarse de la luz y de la incansable multitud que podría ser testigo de lo que va a hacer. Él la sigue caminando con impaciencia. Ella acelera el ritmo. Él da pasos más largos. Repentinamente, la mujer se aparta de él y se aleja corriendo a una velocidad sorprendente. Apretando sus puños y mordiéndose el labio inferior, el joven corre tras la mujer huidiza. En esa persecución exasperante se olvida del campo donde su gente danza.

La mujer se detiene al lado de unos arbustos. El joven, jadeando y asomando la cabeza, dice en voz alta:

—Dime, te lo ruego, ¿eres una mujer o un espíritu diabólico que desea tentarme?

Con los talones firmemente plantados en la arena, la mujer da un salvaje salto hacia delante, como si fuera una pantera que se abalanza sobre su presa. Con la voz ronca, sisea entre dientes:

—¡Soy una mujer dakota!

El hombre cae pesadamente a sus pies gracias a su infalible cuchillo. El Gran Espíritu había escuchado la oración que Tusee hizo en la cumbre. Le otorgó un fuerte corazón de guerrera para acabar con un enemigo.

Una anciana encorvada con un gran fardo sobre su espalda, probablemente un nieto bebé, da vueltas y vueltas alrededor de la casa de baile. Los somnolientos espectadores se van en pareja o en grupos de tres. Los agotados bailarines se arrastran por debajo de la barandilla de madera de sauce. Algunos se dirigen a la entrada, hasta que los cantantes también abandonan el tambor y caminan fatigosamente hacia sus hogares. En el centro del campo, el fuego se ha convertido en rescoldos rojizos. La noche ya no aguarda junto a la barandilla de madera de sauce, sino que se cierne sobre la casa de baile, y aquí y allá cubre con su manto a algún hombre que ronca sorprendido por el sueño en el lugar donde estaba sentado.

El prisionero atado fuertemente con cuerdas de cuero se siente desolado. Está a punto de ser invadido por la pesadumbre de la noche. Sin embargo, los últimos rescoldos chispeantes iluminan levemente sus largos

cabellos oscuros y, brillando a través de las gruesas esterillas, acarician su demacrado rostro inundándole de una esperanza invencible.

La vieja sigue merodeando alrededor de la casa de baile. Ahora los rescoldos se han convertido en ceniza grisácea.

La anciana encorvada aparece en la entrada. Pasa a tientas, con cautela. Susurrando una canción de cuna para el bebé dormido en su fardo, busca algo que se le ha olvidado.

Los hombres duermen y roncan en recovecos oscuros. Cuando la mujer se acerca cojeando, el prisionero vuelve a abrir los ojos.

Ella pone el dedo índice sobre sus labios. El joven no sale de su estupor. Sus sentidos le engañan. Ante sus ojos bien abiertos, la vieja figura encorvada se transforma en un cuerpo erecto y joven. Es Tusee la que está a su lado. Con un golpe hacia arriba y otro hacia abajo desgarras las crueles cuerdas con su hoja afilada. Dejando caer la sábana de sus hombros para que descienda sobre su cintura ceñida como si fuera una falda, deshace el

fardo, que se convierte en un ligero chal para su amor. Rápidamente, lo coloca sobre su espalda desnuda.

—¡Vamos! —susurra dándose la vuelta. Pero el joven, entumecido y débil, se tambalea y está a punto de caerse.

Al ver su debilidad, ella se vuelve fuerte. Un poder intenso estremece su cuerpo. Agachándose bajo sus brazos extendidos, que tratan de aferrarse al aire para mantenerse en pie, Tusee deja que se apoye sobre sus anchos hombros. Con pasos rápidos y triunfantes, se adentra con él en la noche.

EL SUEÑO DE SU ABUELO

Su abuelo era un «curandero» dakota. Entre los indios de sus tiempos, era muy conocido por su trabajo como sanador. Se había convertido en uno de los líderes de su tribu y viajó a Washington, D. C., con una de las primeras delegaciones que se ocupaban de los asuntos concernientes a las gentes indias y al Gobierno de los Estados Unidos.

Su grupo fue el primero de la Gran Nación Sioux en firmar tratados con el gobierno con el deseo de llegar a un acuerdo amistoso entre los estadounidenses rojos y blancos. El viaje a la capital de la nación se llevó a cabo casi enteramente en poni, pues no había ferrocarriles, por lo que la delegación sioux sufrió muchas penurias durante el camino. Su visita a Washington, en nombre de la paz entre los hombres, terminó siendo su última misión en la tierra. Tras una repentina enfermedad, murió y fue enterrado aquí.

Cuando su pequeña nieta creció, aprendió la lengua del hombre blanco y siguió los pasos de su abuelo hasta la misma cuna del gobierno para continuar su trabajo humanitario. A pesar de que en sus tiempos había

muchos problemas de asistencia social entre su gente, tuvo un extraño sueño una noche durante su estancia en Washington. Este fue el sueño: al regresar de pasar la tarde fuera, encontró que durante su ausencia le habían dejado un gran cofre de cedro en su casa. Olió el dulce perfume de la madera roja, que le recordaba al aroma del bosque, y admiró esa sobria caja fabricada con tanto esmero. Su autenticidad nativa le otorgaba un aspecto pulcro, resistente y duradero. Cogió la etiqueta con entusiasmo y leyó su nombre en voz alta.

—¿Quién me ha enviado este cofre de cedro?
—preguntó. Le dijeron que se lo mandaba su abuelo.

Se preguntó qué regalo querría su abuelo concederle en ese momento. Ignorando por completo que su abuelo había fallecido hacía años, no podía contener las ganas de abrir el cofre misterioso.

Recordó sus días de infancia y las historias que le encantaba escuchar acerca de los extraordinarios poderes de su abuelo. Le vino a la mente cómo ella, siendo muy pequeña, había deseado esas bolsas medicinales que estaban adornadas con cuentas y bordadas con púas de puercoespín, dibujando símbolos diseñados por el gran

«curandero», su abuelo. No podía olvidar el fastidio que le causaba no poder quedarse ninguna de esas cosas de recuerdo. Los tesoros llegan a su debido tiempo para aquellas personas que están listas para recibirlos.

Con gran expectación, levantó la pesada tapa del cofre de cedro.

—¡Oh! —exclamó algo decepcionada, pues no veía adornos o bisutería india engalanada con cuentas—. ¿Por qué me envía mi abuelo un regalo tan pequeño en una caja tan grande y pesada?

Estaba desconcertada y bastante perpleja.

El regalo era algo fantástico, de una textura más delicada que una vaporosa telaraña. ¡Se trataba de una imagen! Una ilustración de un campamento indio que no estaba pintada sobre un lienzo no escrita. Estaba hecha con el material de los sueños, suspendida en el aire, cercada por la caja de madera de cedro. La imagen se iba haciendo cada vez más real cuanto más la miraba, superando las proporciones del baúl. Era algo tan etéreo que quizá una exhalación hubiera podido hacer que saliera volando; sin embargo, ahí estaba, real como la vida,

un campamento circular de tipis cónicos de color blanco, poblado de gente india. El pregonero del poblado, con un tocado de plumas de águila, montaba un poni blanco que brincaba alegremente por el terreno. Hombres, mujeres y niños indios formaban pequeños grupos. Otros rostros con pinturas brillantes se asomaban por las puertas de sus tipis para escuchar al pregonero del gran jefe.

En este momento ella también pudo oír esa voz melodiosa. Escuchó con claridad las palabras dakota dirigidas a esas gentes.

—¡Alegrense! ¡Regocíjense! ¡Miren al cielo y observen la llegada de un nuevo día! ¡La ayuda está cerca! Escúchenme todos.

Escuchó las buenas noticias y una esperanza renovada hacia su gente hizo que se sintiera emocionada.

“ Quien mata a alguien de nuestra tribu es un enemigo y debe sufrir la suerte de los enemigos...”

Colección
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA